

Javier GIRALT LATORRE: *Partidas, calles y apodos de Binéfar (Huesca). Estudio onomástico*, Binéfar, Ayuntamiento de Binéfar-Centro de Estudios Literanos (Instituto de Estudios Altoaragoneses), 2014, 160 páginas.

Tal como yo lo veo, el amor al terruño no tiene por qué estar reñido con la objetividad científica en un trabajo humanístico. Ni mucho menos. Y viene bien este libro para mostrarlo: aunque nacido en Barcelona y residente en Zaragoza —en cuya Universidad pública ejerce como profesor titular de Filología Catalana y, en los últimos años, como director del Departamento de Lingüística General e Hispánica—, Javier Giralt es literano por los cuatro costados; su familia está afincada en San Esteban de Litera, a escasos siete kilómetros de Binéfar, en cuyos colegio público e instituto se formó, según él mismo recuerda en la dedicatoria inicial. Y ello no es óbice, por supuesto, para que la investigación que aquí reseñamos sea detallada y minuciosa, como corresponde a la de un autor que en bastantes ocasiones ha recorrido con solvencia y rigor los vericuetos onomásticos y dialectológicos de esa compleja área lingüística. No hará falta insistir más en ello, pues los lectores del *AFA* saben que Javier Giralt es un reconocido especialista en la historia y la descripción lingüísticas del Aragón oriental y, particularmente, de La Litera, según recordaba hace poco Rosa Castañer en una reseña publicada en esta revista a propósito de otro libro de nuestro autor, este sobre documentos de Albelda del siglo XVI (*AFA*, 69 (2013): 289-291).

Incluye la obra de la que tratamos una presentación de Carlos Corzán Badías, concejal de Cultura del Ayuntamiento de Binéfar. Y un prólogo, que debe destacarse, de Jesús Vázquez Obrador, profesor del Campus de Huesca de la Universidad de Zaragoza y gran experto en onomástica aragonesa, que sintetiza a la perfección el contenido del volumen, al que otorga una justa valoración muy elogiosa.

En la extensa introducción del *Estudio* (pp. 15-40), hallará el lector sucinta información sobre la geografía, la economía y la historia de Binéfar, con la reproducción de la carta poblacional de 1158 y la relación de los principales documentos acopiados sobre la localidad. Hay unas páginas imprescindibles sobre la caracterización del habla binefarenses, en esa «área de convivencia lingüística» que es La Litera (en la mayor parte de las localidades de esta comarca se habla catalán, se conserva una variedad del aragonés en Alins del Monte y hay tres municipios exclusivamente castellanohablantes: Binéfar, Esplús y Vencillón); se repasa la bibliografía que de un modo directo o indirecto aporta datos sobre la realidad lingüística de la villa (trabajos de Joaquín Costa, Benito Coll y Altabás, Jean-Joseph Saroïhandy, Antoni Griera, Menéndez Pidal, Manuel Alvar o Joan Coromines, entre otros), de la que se deduce la necesidad de corroborar con la toponimia la naturaleza aragonesa, catalana o castellana de la localidad en tiempos pasados. Sobre ello habremos de volver.

Cierra la introducción un apartado referido al propósito de la investigación y a la metodología en ella aplicada. Los objetivos están bien definidos: se busca determinar los componentes léxicos de los topónimos de Binéfar, los rasgos dialectales que en ellos se manifiestan y cuáles de esas denominaciones onomásticas «son realmente elementos fósiles por haber quedado desusadas o haber desaparecido

las voces a partir de las que han sido creados» (p. 34); asimismo, recopilar y analizar los apodos y sobrenombres usados en esa localidad. Como es habitual en los estudios onomásticos serios, Giralt llevó a cabo, para ello, encuestas orales a diversos informantes y, complementariamente, recurrió a las fuentes escritas disponibles. Hay que subrayar la consulta en protocolos montisonenses inéditos de mediados del siglo XVIII con escrituras referidas a Binéfar y, sobre todo, el expurgo onomástico en libros de *amilloramiento* decimonónicos; el autor revisó, además, las fuentes medievales y modernas sobre esa población hasta ahora editadas; de este modo, se logra documentar en textos del pasado la mayor parte de los nombres de lugar recogidos en las encuestas. Echo de menos en este capítulo alguna explicación sobre la clasificación de los topónimos y antropónimos, con algunos pormenores que habremos de señalar en seguida.

Se dedica el breve capítulo segundo al nombre de la villa (pp. 41-43), documentado ya en 1092 con la variante *Avinefar* y, en textos del siglo XIII, *Binanefar* o *Vinanefar*; desde 1329, se halla la forma que acabaría triunfando. Su origen es claramente árabe. Aunque menciona Giralt la propuesta de Benito Coll, quien partía de *Ben-Affar* o *Ben-Effar* ‘pueblo de los hijos de *Affar* o *Effar*’, se inclina por la etimología defendida por el reputado arabista Federico Corriente: el antropónimo *abin Nāfi*’ (de *ibn* ‘hijo de’ y el participio *nāfi* ‘útil’).

Atiende a la toponimia rural binefarensis el capítulo tercero (pp. 45-96), el más extenso del volumen. Estos materiales onomásticos se presentan agrupados en sesenta y cuatro apartados ordenados alfabéticamente sin tener en cuenta, lo que es comprensible, ni artículos ni elementos de relación. Sirvan de muestra las «entradas» 5. *La Balsa* (1862), *La Valsa* (1761), *Camino de la Balsa* (1862) y *Balsa de Arriba* (1862, 1910); 6. *Balsa de Abajo* (1881); 7. *Balseta de la Golondrina*; 8. *Balsatorre* (2001), *Balsa la Torre* (1924, 1945), *Balsa de Latorre* (1881) y otras variantes. O, más adelante, 42. *Matacabras* (1862 y otras dataciones y variantes que elimino aquí); 43. *Las Mozas* (1766, etc.); 44. *El Muro* (1761, 1862); 45. *Los Olmos* (1924, 1945, 2001, con la variante aragonesa *Campo Urmos* 1881). Algunos de esos apartados (en concreto aquellos en los que se analizan los topónimos referidos a los nombres geográficos *acequia*, *camino*, *punte* y *tozal*) incluyen subapartados con ese mismo orden alfabético laxo (así en la «entrada» *Tozal* se hallan: a) *Tozal de Alejandro* (1910), b) *Tozal de la Cisterna o Tozal de la Campana*, c) *Tozal de Grau*, d) *Tozal Gros* (1924, 1945), e) *Tozal del Mor* (1910, 1924) y f) *Tozal Roy* (1862, 1881, 1910). Cuando con un topónimo se nomina a diversos referentes geográficos, la información a él relativa se incorpora, sin remisiones, a una «entrada» propia (por ejemplo, los datos sobre *Acequia Figuera*, *Balsa Figuera*, *Tozal de la Figuera*, etc., se hallan s. v. *La Figuera*, forma esta que se recoge también, pero no se estudia, en los apartados de los apelativos respectivos, esto es, *acequia*, *balsa* o *tozal*). Resulta, pues, una ordenación un tanto compleja que, como ya se ha señalado, hubiera merecido, en mi opinión, alguna explicación previa; si no me equivoco, se desliza en ella alguna irregularidad aislada (cf. las citadas «entradas» *Balsa* (*Balsa de Arriba*) vs. *Balsa de Abajo*).

Tras cada topónimo figuran sus variantes (y, con ellas, los sintagmas compuestos por un apelativo de lugar y ese mismo topónimo, según se muestra líneas

atrás, de nuevo a propósito de *La Balsa*). Además, cuando se poseen, se anotan las correspondientes dataciones, como ha podido deducirse ya de los ejemplos arriba transcritos. Aunque casos hay con atestigüaciones medievales, como *Alfages* (1397, 1495, 1881, 1910) o *Torre d'en Bru* (1329, 1336, 1397), lo habitual es que estas sean del siglo XVIII en adelante (*Alcort* 1760 y sigs.; *Benafut* 1761, 1862, etc.; *Casafreda*, desde 1760; *La Cornera* 1767 y sigs.; *El Muro* 1761, 1862 o *Tozal Roy* 1862, 1881, 1910). Es reseñable la transcripción de fragmentos expurgados en textos notariales del Setecientos para ilustrar la historia de formas como *Agüera*, *Alcort*, *Casafreda*, *La Chuvera*, *Fovet* o *Sosal*.

Le interesa a Giralt distinguir si los topónimos allegados conservan su valor apelativo o, por el contrario, son ya opacos para los hablantes. Cabe recordar a este respecto que al repetir la afirmación de que los nombres propios fueron antes nombres comunes, los especialistas están haciendo suya la idea de que los antropónimos o los topónimos son signos originariamente motivados¹. Otra cosa es que, a menudo, sea complejo descubrir las circunstancias concretas que justifiquen tal o cual denominación para un nombre de lugar. Javier Giralt se esfuerza en desentrañar las motivaciones y lo logra casi siempre, aun siendo consciente de los cambios que ha sufrido la orografía de Binéfar en los últimos años. El lector podrá comprobar en este libro, una vez más, que el sentido de los topónimos no es tan transparente como pudiera parecer en muchas ocasiones. Así, sabrá que debe desecharse la presencia allí de hechiceras, al menos la que podría desprenderse del *Camino de las Brujas*, por falsa interpretación de un arabismo. La historia externa es fundamental cuando se trata de averiguar motivaciones onomásticas: la atestigüación del sintagma *Camino de los Contrabandistas* en 1924 obliga a relacionarlo con el bandolerismo de los siglos XVI, XVII y XVIII, y no con el comercio fraudulento de mercancías en la guerra civil.

Quien consulte esta obra hallará numerosos datos sobre la adscripción lingüística y el posible carácter dialectal de cada topónimo (mediante el cotejo en diversos repertorios lexicográficos catalanes y aragoneses, en general, y literanos, en particular). Asimismo, sobre su etimología, a partir de los conocidos diccionarios catalán, de un lado, y castellano e hispánico, de otro, de Corominas, y a su *Onomasticon Cataloniae*. No faltan precisiones, siempre razonadas, a las opiniones vertidas en esos repertorios, según se aprecia a propósito de los nombres de las partidas de *La Menudilla*, también de una acequia y de un camino, o de *Alfages*, en ambos casos con apoyo en la interpretación del ya citado Federico Corriente. Cuando la interpretación resulta opaca, recurre Giralt con acierto a

1. En *Les noms de personnes. Origine et évolution*, uno de los libros pioneros de la moderna ciencia onomástica, Albert Dauzat afirmaba que «les noms propres, en dernière analyse, ont été créés avec des noms communs ou des adjectifs substantivés» (París, Lib. Delagrave, 4.^a ed., 1932: 1). Más cerca de nosotros, Dieter Kremer señalaba, con palabras semejantes: «Todo nombre propio es originariamente un nombre apelativo o común, que ha sido individualizado y sustraído de esta manera del vocabulario general» (*Actas del I Congreso Internacional de Historia de la Lengua*, Madrid, Arco Libros, 1988: 1583). Y la Academia, con matices relevantes: «muchos nombres propios proceden de nombres comunes, pero se diferencian de ellos en que no denotan propiedades de ninguna clase de individuos» (Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española, *Nueva gramática de la lengua española*, I, Madrid, Espasa, 2009: 835).

otras formaciones toponímicas, no necesariamente literanas, emparentadas por sus étimos. Así, por ejemplo, se logra relacionar *El Perel* (junto a las formas ribagorzanas *Perillón*, *Perelló*, etc.) con el lat. PETRARIU, de donde el cat. *pedrer* ‘pedregal’. Otras veces, las menos, Giralt plantea explicaciones más hipotéticas, como en el caso de *Paraguay*, documentado ya en un amilloramiento de 1881, topónimo que puede vincularse a la relación con ese país hispanoamericano de algún propietario del terreno, o con *paraigua* ‘paraguas’ —luego alterado por etimología popular— al tratarse de un lugar resguardado de las inclemencias meteorológicas. Vemos que las motivaciones externas y las propuestas etimológicas pueden ir de la mano.

En un último apartado de este capítulo tercero, se justifica la ausencia en el *Estudio* de las denominaciones de fincas particulares y *torres* (cambian de nombre con frecuencia en función de su propietario), aunque sí se enumeran en él las denominaciones que aparecen en algunas de las fuentes históricas manejadas, que constituyen, en su conjunto, un valioso material para investigaciones posteriores.

La toponimia urbana de la localidad es analizada en el capítulo cuarto (pp. 97-110). La ordenación de los registros varía respecto de la que se propone en el capítulo anterior: en este caso, las denominaciones de las calles se presentan clasificadas en diversos apartados según el origen, el sentido o la motivación de cada denominación (municipios y otras entidades, personalidades, asuntos religiosos, situación, elementos de la naturaleza o referentes históricos y políticos, entre otros). Parte el autor de la nomenclatura actual, pero no olvida formas anotadas en registros históricos del siglo XVIII en adelante. También aquí, por ello, buena parte de los topónimos aparece con la fecha de su primera localización; además, a propósito de las *calles de Tamarite* o *del Medio*, o de las ya desaparecidas *calles del Molino* y *del (H)orno* o *la plaza de Abajo* (hoy *de La Litera*) se reproducen, asimismo, fragmentos tomados de protocolos notariales de esa centuria, en donde, por cierto, se encuentran pruebas documentales de que Binéfar fue un sitio amurallado tiempos atrás.

Otro capítulo del libro se destina a los apodos y los nombres de casas u oicónimos de la localidad (pp. 111-125). Se esfuerza Giralt, con las lógicas dudas que plantea esta labor, en explicar su formación a partir de nombres propios (como en el caso de los aragoneses *Pilara* y *Franchón*), apellidos (*Cardil*, *Payano*), lugar de origen (*Colungo* o *Gabasa*, sobre los correspondientes topónimos oscenses), oficios o actividades (*Aguacila*, aplicado a la esposa del alguacil; *Capellanet* o *Farrerret*, diminutivos respectivos de *capellán* y del aragonés *farrero* ‘herrero’), animales o vegetales (*Perdigacho* ‘pollo de perdiz’, *Limón*) o locales, utensilios, objetos o productos (*Goguera* o *Giüguera* ‘mona de pascua’, *Regachos* ‘surcos’, *Trabuco*). El grupo más numeroso es el motivado por las particularidades físicas o de carácter, casi siempre surgido del humor o de la ironía; aquí encontramos elementos de indudable interés dialectal, como *Barral*, quizá apoyado en la forma aragonesa y catalana homónima, con la que se designa un recipiente de líquidos; *Budillera*, sobre el aragonés *budillo* ‘intestino’, o *Cereño*, del adjetivo coincidente, también de naturaleza aragonesa, que significa ‘fuerte, resistente’, por poner unos ejemplos). Se cierra este capítulo con los listados de habitantes de Binéfar y Alcorn

que figuran en un libro de monedaje de 1397 y en el fogaje de Aragón de 1495, que merecerían un estudio detallado.

Como explica el propio autor, se recogen en las conclusiones (pp. 127-131) algunos aspectos relevantes para ofrecer una visión de conjunto sobre la onomástica binefarense, que sintetizamos en las líneas siguientes, en lo que se refiere solo a la toponimia: a) Es esta básicamente románica, si bien hay nombres de lugar que reflejan apelativos del sustrato prerromano no indoeuropeo (*Gavarra, Tozal*), de origen indoeuropeo no ibérico (*Llastra, Loseta*), de procedencia germánica (*Colmenar, Sisallar*) o árabe (*Alcort, Alfages, Sosal*). b) Los topónimos, en cuanto «piezas léxicas» con motivaciones originarias precisas, según se ha recordado, son unidades descriptivas de los sitios con ellas nominados; el grupo mayoritario responde a denominaciones del terreno (*La Costera, Las Eslisaderas, La Peñeta*), aunque no escasean, entre otros, los elementos referidos al agua (*La Clamor*), a la vegetación (*La Figuera*), a las actividades tradicionales (*Tejertas*) o a diversos aspectos religiosos (*San Quílez, Virgen del Romeral*). c) Reconoce Giralt que no es posible determinar con total seguridad la realidad lingüística de Binéfar antes de su despoblación temporal en el siglo XVII (a causa de la invasión del territorio por tropas francesas, procedentes de Cataluña, en 1642, en el marco de la *Guerra dels Segadors*), ni defender con rotundidad que allí se habló catalán, como sugirieron Joaquín Costa o Antoni Griera. La toponimia, eso sí, permite deducir una confluencia de unidades con rasgos catalanes (*Alcort, Casafreda, Cova, Penchat*, etc.), aragoneses (*Escaleretas, Gorgollos* u otros recogidos en las líneas anteriores) o compartidos entre el catalán y el aragonés (*Costera, Grallera, Segalar, Sisallar*). Al ser estos topónimos los más antiguos, frente a los que presentan rasgos castellanos, cabe pensar que hubo en Binéfar un habla de transición similar a la de otros municipios literanos, quizá más catalana, como la de San Esteban de Litera, Azanuy o Calasanz, quizá más aragonesa, como las de Fonzy y Estadilla. Vemos, pues, que estas páginas suponen una importante aportación para determinar la naturaleza y la historia del habla de la localidad.

La amplitud del apartado de referencias bibliográficas muestra a las claras la seriedad con la que se ha llevado a cabo la investigación. Son muy útiles los índices de topónimos y antropónimos. El libro se acompaña, además, de numerosas fotos de época y actuales de partidas, balsas, ermitas, tozales, calles y plazas. Asimismo, de un interesante anexo documental (delimitación municipal, reproducción de textos antiguos, etc.) y de un plano a color del término municipal de Binéfar (Dirección General del Instituto Geográfico, 1924).

Es de justicia señalar como característica de esta obra la elegancia de una prosa clara, pulida y, a la vez, privada de recursos artificiosos. Jesús Vázquez, en el prólogo citado, resaltaba la ausencia de explicaciones un tanto abstrusas para el lego en la materia. Es verdad. No es fácil volcar la descripción técnica rigurosa en un estilo accesible para el lector medio, casi en un tono divulgativo, sin que esto signifique nada negativo, por supuesto. Javier Giralt lo ha conseguido. Y de este logro podrán beneficiarse muchos potenciales lectores del libro como, qué duda cabe, los vecinos de Binéfar y su entorno que no tengan formación filológica.

Sabrán estos de la vida y de la historia de su villa a través de los nombres que las reflejan. Tanto ellos como los especialistas aprenderán y disfrutarán con una metodología bien aplicada, con intuiciones razonadas y con la demostración, cuando es posible, de las hipótesis con prudencia planteadas que pueblan este volumen. Yo lo he hecho tanto por ser un apasionado de la onomástica como por poder recordar los topónimos y antropónimos de mi lugar de adopción, lo que es decir rememorar sitios y personas, en el fondo, experiencias y vivencias (hasta el final he ocultado que, tras mi infancia barbastrense, en Binéfar viví aquellos años de mi lejana adolescencia y juventud). Volvamos al principio para terminar: puede ser rigurosamente científico, sí, un estudio sobre la onomástica de la patria chica de su autor.

Vicente Lagüéns Gracia

Fabián GONZÁLEZ BACHILLER: *El léxico característico de Cervera de Río Alhama*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2015, 492 páginas.

La monografía que reseñamos es fruto de muchos años de ilusión y de recogida de datos que el autor, natural de Cervera del Río Alhama, ha ido jalonando con otras aportaciones acerca del habla de esta localidad y con numerosas incursiones también en la toponimia y en la documentación medieval del conjunto del territorio riojano. Licenciado en Filología Románica por la Universidad de Zaragoza, obtuvo el título de Doctor en la de La Rioja, y en ambas instituciones ha trabajado como docente e investigador hasta su reciente jubilación.

El propósito de la publicación es elaborar, de acuerdo con los criterios y las técnicas de la lexicografía actual, un vocabulario diferencial de Cervera del Río Alhama, es decir, inventariar y explicar las voces que no son comunes en el dominio hispánico y que, por ello, «no aparecen (o lo hacen con otras acepciones o usos, o bien con marca de regionalismo en el *Diccionario* académico)», complementando estos datos con los que aportan el *Diccionario del español actual* (DEA) y el *Diccionario de uso del español* (DUE). Pero tan importante como la base metodológica del trabajo es, sin duda, la tarea previa de reunir los materiales adecuados para, después, seleccionarlos desde la perspectiva diferencial. Fabián González Bachiller partió, en primer lugar, de las encuestas preparadas por Manuel Alvar para el *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja*, recabando la ayuda de numerosos cerveranos, entre ellos los que mejor podían informarle sobre las tareas del campo, la industria alpargatera, la ganadería o el léxico relativo a la casa. A partir de ahí, según advierte, «con un amplio vocabulario ya recogido, las consultas y anotaciones, muchas tomadas de la calle directamente, han sido innumerables y extendidas a lo largo de los años, sobre todo en los apartados relativos a las aves y las plantas (los más difíciles de concretar y aquilatar), así como a los juegos» (p. 20). Este intervalo temporal —treinta años aproximada-